

1

—Nos están siguiendo —dijo Eugene McSorley. El Ford Focus alcanzó la cima de la pendiente, momentáneamente ingrávigo, y volvió a caer pesadamente sobre el asfalto con un ruido sordo. Su suspensión de ocho años sirvió de poco para amortiguar el impacto. McSorley no apartó la mirada del retrovisor, y el Skoda Octavia plateado se perdió detrás de la colina que acababa de coronar a toda velocidad. Les había estado siguiendo por la angosta carretera comarcal desde que cruzaron la frontera y entraron en el Norte.

Comiskey se giró en el asiento del copiloto.

—No veo a nadie —comentó—. No, espera. ¡Joder! ¿Son los maderos?

—Sí —confirmó McSorley. El Skoda, con los cristales tintados verde oscuro, reapareció en su retrovisor. No podía distinguir a sus ocupantes, pero seguro que eran polis. El asfalto se oscureció bajo una llovizna cada vez más intensa, y el cielo era una uniforme sábana gris y pesada que caía sobre los campos verdes.

—¡Caray! —exclamó Hughes con un gemido desde el asiento trasero—. ¿Nos van a parar?

—Eso parece —rechistó Comiskey—. ¡Joder!

Los setos desfilaban como una centella. McSorley comprobó la velocidad del Focus, que mantenía algo por debajo de los cien kilómetros por hora.

—Da lo mismo —observó—. No llevamos nada encima. A menos, chicos, que llevéis algo de farlopa en los bolsillos.

—¡Carajo! —rezongó Hughes.

—¿Qué pasa?

—Llevo unos gramos encima.

McSorley le lanzó una mirada por encima del hombro.

—Serás gilipollas. Tírala.

Apretó el interruptor para bajar la ventanilla trasera y se acercó al seto para que los polis no pudieran ver. Miró por el retrovisor lateral mientras la mano de Hughes arrojaba una papalina entre el follaje.

—Gilipollas —repitió.

Comiskey se giró y miró por la luna trasera.

—No se están acercando más —dijo—. Puede que no nos paren.

McSorley guardó silencio. Volvió a subir la ventanilla trasera. El coche tomó una curva y salió a una larga recta, la carretera inició un suave descenso y ascendió de nuevo para juntarse con la línea del horizonte a unos ochocientos metros más adelante. Puso los limpiaparabrisas, que dejaron unas manchas en el cristal sin mover apenas el agua. Había tenido intención de cambiarlos hacía un año. Soltó una palabrota y entrecerró los ojos para ver a través de las gotas.

En una carretera transversal estaba parada una furgoneta blanca. Tuvo todo el tiempo del mundo para salir con cuidado y seguir su camino. No lo hizo. En vez de eso, el conductor avanzó lentamente hasta el cruce. McSorley se humedeció los labios. Sintió el acelerador debajo de la suela del zapato. El Focus tenía un motor decente, aunque la suspensión estaba hecha polvo. En cuanto la carretera empezara a serpentear, no tendría ninguna posibilidad. Levantó el pie del pedal. La furgoneta estaba más cerca. Dos hombres en la cabina, observando.

Sintió un vacío en el estómago y luego pesadez, pesadez y vacío, mientras la adrenalina le llegaba en oleadas a los dedos de los pies y de las manos. Intentó acompasar la respiración.

—¡Joder! —dijo en voz alta sin querer—. No hay nada de

qué preocuparse. Sólo son polis. Nos van a parar, eso es todo.

El Focus se acercó a la furgoneta blanca y McSorley vio las caras de los hombres. Le sostuvieron la mirada cuando pasó. Movi6 la vista hacia el retrovisor. El reflejo del Skoda aument6. Unas luces azules parpadearon detr6s de la rejilla del radiador y su sirena aull6. La furgoneta blanca avanz6 unos treinta o sesenta cent6metros desde el cruce.

El Skoda aceler6, desapareci6 del retrovisor y reapareci6 al lado del Focus. McSorley vio unas camisas blancas y unas hombreras oscuras. La mujer polic6a del asiento del copiloto le hizo una se1a hacia el lado de la carretera.

—¡Carajo! —rezong6 McSorley. Pis6 suavemente el freno y redujo la velocidad. El Skoda pas6 por su lado mientras dejaba que el Focus se subiera al borde cubierto de hierba. El veh6culo derrap6 sobre la hierba h6meda y el barro. El Skoda se detuvo a unos cuantos metros m6s adelante. Sus luces de marcha atr6s se encendieron y retrocedi6 hasta detenerse a escasos cent6metros del cap6 del Focus.

—Mantened las bocas cerradas, chicos —orden6 McSorley—. Respondedles s6lo cuando os hablen, pero no discut6is con ellos. No les demos ninguna excusa. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijo Hughes desde atr6s.

—¿De acuerdo? —le pregunt6 McSorley a Comiskey.

Éste le sonri6 con labios temblorosos.

—S6, no te preocupes.

Dos polic6as salieron del coche poni6ndose las gorras y unos brillantes chalecos reflectantes. La mujer, que llevaba el pelo casta1o claro recogido bajo la gorra, no estaba nada mal. El hombre era alto y estaba en forma. Su intenso bronceado desentonaba con el cielo gris. Se acercaron al Focus con el hombre a la cabeza.

Los limpias chirriaban por el parabrisas, y el rechinar del caucho sobre el cristal creaba un contrapunto con los latidos del coraz6n de McSorley. Puso el dedo sobre el bot6n, listo

para bajar la ventanilla cuando el poli se lo pidiera. En vez de eso, el policía agarró el manillar y abrió la puerta. La lluvia goteó dentro. Llevaba lloviendo desde hacía casi tres meses seguidos. Todo el día, todos los días, sin descanso. McSorley parpadeó cuando una gruesa gota impactó en su mejilla.

—Buenas tarde —saludó el poli. Tenía acento inglés, fuerte y seco—. Apague el motor, por favor, señor.

McSorley giró la llave. El motor se apagó, inmovilizando los limpias a mitad de recorrido.

—Mantenga las manos donde pueda verlas, sea buen chico —le conminó el agente.

Ese acento, pensó McSorley. Empleo de oficial. Hablaba de patios de armas y saludos marciales, no de policías de tráfico ni de controles de carretera.

El policía bajó la cabeza.

—Ustedes también, caballeros.

Comiskey puso las manos sobre el salpicadero; Hughes colocó las suyas sobre el respaldo del asiento del copiloto. McSorley aferró el volante y estudió la cara del policía. Tenía una piel muy morena, no el bronceado superficial de una semana de playa. Le brillaban los labios por el protector labial que se había aplicado por su agrietamiento, como si se hubieran recocado en algún lugar árido. De repente se lo imaginó arrastrándose por un desierto. La imagen lo aterrorizó, y no fue capaz de adivinar la razón.

Las manos del policía permanecieron fuera de la vista hasta que metió una dentro del coche y sacó la llave del contacto. Un guante de piel negra, de aspecto caro.

—¿Qué es lo que quieren? —preguntó McSorley. La voz le borboteó en la garganta.

El policía se irguió y miró hacia atrás por la carretera.

—No lleva puesto el cinturón de seguridad. ¿Hay algún motivo para ello?

—Me olvidé —dijo McSorley—. Miró por el retrovisor, sa-

biendo lo que vería. La furgoneta salió del cruce, girando hacia ellos.

La mujer policía se dirigió al asiento del copiloto. Se inclinó y se fijó primero en Comiskey, luego en Hughes. Comiskey esbozó una sonrisa. No se la devolvió.

—Bueno, eso no puede ser —dijo el poli bronceado—. No quiere perder puntos del carné, ¿verdad?

La furgoneta llenó el retrovisor. La agente hizo un gesto con la mano y el vehículo se paró junto al Focus. El policía moreno metió la mano y pulsó el botón de apertura del maletero. Éste se habría levantado sus buenos quince centímetros cuando el coche estaba nuevo, pero ahora tan sólo se soltó del cierre. La mujer policía fue hasta la parte posterior del Focus, y la puerta del maletero chirrió cuando la abrió por completo. El aire frío y húmedo besó la nuca de McSorley. El olor a estiércol de los campos de alrededor se mezcló con el acre y penetrante olor de su propio sudor.

Los dos hombres permanecieron en el interior de la cabina de la furgoneta, aunque McSorley oyó unas fuertes pisadas moviéndose dentro y luego la apertura de las puertas traseras. Empezó a estirar el cuello para girar la cabeza, pero el poli moreno se agachó a su lado, sonriendo.

McSorley estudió la cara del madero y de inmediato supo todas las historias que aquellas arrugas y grietas contaban. El tipo había estado en un lugar seco e inhóspito, arrastrándose por la tierra, acechando a su presa. Irak, tal vez Afganistán. O quizás en algún sitio que ni los yanquis ni los británicos admitirían jamás. Y ahora estaba allí, no muy lejos de la frontera irlandesa, con su cara abrasada por el sol, implacable e inexpresiva. Un trabajito más.

—Usted no es policía —dijo McSorley.

La dura sonrisa del poli no se desvaneció.

—¿Adónde se dirigen hoy, señor?

—He dicho que no es policía. ¿Qué es lo que quiere?

Unas pisadas se movieron atropelladamente detrás de los dos vehículos. Algo chirrió y crujió al ser arrastrado por el suelo de la furgoneta. Unas voces crispadas sisearon unas órdenes. Los ojos del poli no se apartaron de los de McSorley ni un instante.

Una voz dijo:

—A la de tres. Uno, dos, tres... ¡jepa!

El Focus se tambaleó y se inclinó hacia atrás sobre el eje trasero cuando algo descomunamente pesado fue cargado en el maletero.

—¿Qué carajo es esto? —preguntó Comiskey.

Hughes se volvió en el asiento, pero la bandeja trasera le obstruía la visión. McSorley observó los cambios de luz en el retrovisor. Le entraron ganas de llorar, pero reprimió el impulso. Oyó más alboroto y luego el ruido sordo de unos pies al subir de nuevo a la furgoneta. La puerta del maletero del coche se cerró con un golpetazo, y McSorley vio a la mujer policía por la ventanilla trasera, al lado de un tipo corpulento. La bandeja trasera no había encajado del todo; algo la levantaba desde abajo.

La agente cargaba una alargada bolsa de deportes. El hombre corpulento sacó un rifle automático. Se parecía al Heckler & Koch G3 que McSorley había disparado detrás de un bar de Newry años antes. El hombre se acercó desde el lado del conductor, manteniendo el rifle apuntando sobre McSorley.

Éste sintió el calor de las lágrimas brotando desde detrás de los ojos. Y una mierda iba a llorar. Se las tragó. La puerta trasera de los acompañantes se abrió. Miró por encima del hombro.

La mujer policía metió la mano dentro y dejó caer algo metálico. El peso del objeto hizo un ruido sordo sobre la alfombrilla entre los pies de Hughes.

—¡Oh, mierda! —exclamó Hughes. Se escabulló rápidamente hacia el otro lado, detrás de McSorley, lejos de lo que fuera que hubiera allí.

La policía arrojó algo más al interior. El nuevo objeto hizo un sonido metálico al chocar contra el primero.

—¡Oh, la leche! —dijo Hughes, y su voz se elevó hasta convertirse en un gemido entrecortado.

La mujer sacó un par de cilindros largos de la bolsa. McSorley los miró fijamente durante un instante, mientras su cerebro se esforzaba en entender lo que él estaba viendo, antes de reconocer los dos cañones de una escopeta. La mujer la colocó por la culata en el espacio de los pies, dejando que los largos cañones cayeran sobre los muslos de Hughes.

—No me jodas, son unos sicarios —dijo éste cuando la puerta se cerró—. ¿Qué está pasando, Eugene?

McSorley volvió a mirar al poli moreno. El sujeto sonrió, le guiñó un ojo y cerró la puerta del conductor. Levantó la llave del coche, se la enseñó y la apretó dos veces con el pulgar. Los seguros zumbaron e hicieron un ruido metálico. El policía colocó la llave sobre el capó, debajo justo del cristal.

—¡La hostia! —dijo McSorley.

—¿Qué están haciendo, Eugene? —preguntó Comiskey.

—¡Ay, por Dios bendito! —McSorley se santiguó. Su vejiga aullaba por vaciarse. Se contuvo.

Los dos polis, que McSorley sabía que no eran policías ni por asomo, volvieron a meterse en el Skoda y arrancaron. La furgoneta se puso cuidadosamente delante del Focus. El hombre del rifle sonrió burlonamente a McSorley. Mantuvo el arma apuntada hacia él mientras subía a la trasera abierta.

Comiskey probó suerte con el manillar.

—Quita los seguros —dijo.

—No puedo —dijo McSorley. Las lágrimas le quemaban en las mejillas—. Ese hijo de puta le puso el doble seguro. Necesitas la llave para abrir.

La furgoneta se alejó, acelerando. El hombre con el rifle se despidió con la mano. La vejiga de McSorley no resistió más.

—¡Oh, Dios mío! —dijo—. ¡Joder, chicos!

Comiskey golpeó la ventanilla con el codo. Lo intentó una vez más. Hughes levantó la escopeta y estrelló la culata contra la ventanilla trasera.

McSorley sabía que era inútil.

—¡Oh, joder, chicos!

Hughes golpeó la ventanilla una vez más y consiguió hacerla añicos. Se abalanzó hacia la abertura. Comiskey trepó por el asiento como pudo hasta la parte trasera para seguirle.

La lluvia corría en oleadas por el parabrisas a medida que la furgoneta se empequeñecía en la distancia. Hughes intentó meter los hombros por la abertura con un gruñido.

—¡Joder! —susurró McSorley—. Joder, chicos, nos han matado.

Apenas se dio cuenta del ¡pop! del detonador antes de que el puño de Dios lo aplastara y lo convirtiera en nada.

2

El inspector Jack Lennon sabía que era un trabajo de mierda, pero la elección había sido clara: o no perder de vista a Dandy Andy Rankin y Rodney Crozier mientras se reunían en un mugriento café de Sandy Row, o pasar el resto de la semana escribiendo informes para la Fiscalía. Todavía le dolía el culo de la temporadita de trabajo a destajo para la Fiscalía que le habían echado encima el año anterior. No tenía ganas de volver a probar aquello.

La información provenía del C3, la División Especial, como la conocía la mayoría de la gente. Rankin y Crozier, dos destacados unionistas de Belfast, iban a reunirse en el bar de Sylvia para intentar resolver una disputa que hasta el momento había enviado a cinco hombres al hospital. Uno había perdido un ojo y otro estaba respirando por un tubo introducido en su garganta, aunque todavía no había muerto nadie. El plan era que la cosa siguiera así.

Los altercados entre los unionistas eran un quebradero de cabeza constante. Cada pocas semanas un matón o dos acababan con la cabeza rota en ésta o aquella trifulca. Pero a veces las riñas se salían de madre y la gente acababa muerta. A nadie en el cuerpo le importaba demasiado que algún que otro traficante de drogas fuera apiolado, aunque eso cabreaba a los políticos y a la prensa, por no hablar de todo el papeleo que generaba. Así que era mejor mantenerse atento a las cosas e intentar atajar los problemas. Eso fue lo que el comisario jefe Uprichard había dicho cuando le asignó el trabajo a Lennon. Éste había estado

mano sobre mano desde que perdió su puesto en el Equipo de Investigación de Delitos Graves, así que aquella especie de trabajo inútil era lo mejor a que podía aspirar. Observar e informar, ver quién hablaba con quién, juzgar si las conversaciones era amistosas o acaloradas, asegurarse de que no fuera algo que pudiera pasar a mayores.

Lennon observaba el café desde una furgoneta con los distintivos de la Compañía del Agua. Había aparcado en una vía transversal al otro lado de la calle. Tras colocar una fiambarrera y un termo en el salpicadero, abrió un ejemplar del *Belfast Telegraph*. Había abierto las páginas por encima del volante hacía quince minutos y se había apalancado.

Rankin y Crozier estaban sentados junto a la ventana. Lennon podía verlos con la misma claridad que el agua, aunque su conversación sólo podía imaginarla. No había dinero para colocar micrófonos en el lugar. La pareja sólo despertaba un ligero interés en la División Especial, así que no se merecía el gasto. Aquél era estrictamente un servicio ocular, nada más. Sí, pensó el policía, un empleo de mierda. Una parte de él se preguntó si no sería que querían echarlo del trabajo.

Los objetivos se apretujaban el uno contra el otro, y aquella proximidad sugería que hablaban en voz baja, aunque no así las expresiones de sus rostros. Crozier llevaba una camiseta de fútbol del Glasgow Rangers, y los tatuajes se confundían en sus gruesos antebrazos. Rankin lucía un traje gris con una camisa rosa, abierta en el cuello del que le colgaba una pesada cadena de oro. Sus dientes parecían inusualmente blancos en contraste con su bronceado anaranjado. Sylvia Burrows, la propietaria del café desde que lo abriera a principios de la década de 1970, colocó dos humeantes jarras entre los hombres. No se entretuvo a darles palique. Los dos tipos apenas le prestaron atención.

Lennon escribió rápidamente en la libreta que mantenía en el regazo y miró su reloj. Veinte minutos ya desde que había aparca-

do, diez desde la llegada de Crozier, y no más de cinco desde que Rankin se había reunido con él. El policía bostezó y se estiró. Quizás el papeleo de la Fiscalía no hubiera sido tan malo.

Hasta unas pocas semanas antes había pertenecido al Equipo de Investigación de Delitos Graves, como segundo del comisario Jim Thompson. Un buen trabajo, una labor policial auténticamente dura, como correspondía a su rango. Lo había echado todo a perder a causa de una puñetera multa por exceso de velocidad que había intentado que le anularan a aquel pedazo de mierda de Roscoe Patterson. El policía de tráfico, el agente Joseph Moore, se había puesto en plan santurrón cuando Lennon le había abordado para tratar de resolverlo.

No eran las sesentas libras, le había explicado Jack, el dinero no era el problema. Roscoe tenía dinero de sobra. Puede que el policía hubiera dicho esa última parte dos veces, no era capaz de recordarlo bien. El problema eran los tres puntos de carné que no podía permitirse perder. Las cosas subieron de tono cuando Moore, uno de los católicos recientemente reclutados y que abarrotaban el cuerpo desde las reformas de Patten, preguntó por qué Lennon se la jugaba por un hijo de puta protestante como Roland *Roscoe* Patterson. Jack sabía que no debió de haber cogido a Moore del cuello y empujarlo contra la pared, y se disculpó al día siguiente. Sin embargo, no sabía que Moore había acudido al comisario jefe Uprichard y declarado que él había intentado transmitirle una oferta de soborno de un conocido paramilitar unionista.

Por consiguiente, Jack se había encontrado delante de la mesa de Uprichard recibiendo la oferta de un permiso sin sueldo o un expediente disciplinario en toda regla. Sin la intervención de su viejo amigo el comisario Dan Hewitt, la última habría sido la única opción. Uprichard le recordó que su hoja de servicios no era intachable, y que sería improbable que un expediente le fuera a hacer ningún bien, aunque la acusación no se pudiera probar.

Jack había escogido el permiso. Estuvo sentado en casa tres días antes de que el aburrimiento pudiera con él. Al cuarto se subió a un avión con destino a Barcelona. El hotel era un agujero. Se suponía que George Orwell se había alojado allí durante la Guerra Civil española. Por el aspecto del establecimiento, Orwell debía de haberlo elegido por el papel de las paredes. Pero la habitación tenía un balcón que daba a Las Ramblas, y el tiempo le había permitido sentarse en él por las noches con una lata de San Miguel, mientras observaba a los turistas y a los habitantes de la ciudad evitar las mutuas miradas abajo en la calle. Al llegar la medianoche, recorría los bares de tapas, buscando inglesas o norteamericanas a las que pudiera seducir con su acento. Tuvo éxito la mayoría de las noches.

Regresar de Barcelona sólo le sirvió para sentirse como una rueda de repuesto, algo sin una utilidad real para nadie, así que le caían todos los trabajos de mierda que no servían para nada. Incluido aquél.

Las manos de Rankin y Crozier empezaron a animarse. Los dedos golpeaban la superficie de la mesa cuando se exponían los argumentos, las jarras temblaban. Lennon parpadeó y se concentró, se cambió al asiento del conductor y se echó hacia adelante.

Crozier levantó las manos con las palmas hacia fuera, quizás en un intento de aplacar al otro hombre; Rankin dio la impresión de no estar por la labor. Su índice se agitó en la cara de Crozier. Éste se echó hacia atrás en su asiento y se encorvó, mostrando su exasperación.

Lennon bajó la vista a su libreta y anotó el cambio en el tono. Cuando volvió a levantarla, Crozier estaba de pie y se daba la vuelta para marcharse.

Bien, pensó Jack. Si aquello se había terminado, podría sacar su trasero de ahí e ir a escribir el informe. Una vez hecho, podría esperar por allí a que le cayera más trabajo de mierda.

Rankin tiró de la manga a Crozier, y cuando éste le apartó la mano de un manotazo se levantó, haciendo caer la silla al suelo.

—Caray —dijo Lennon en la furgoneta vacía—. Esto se está poniendo interesante.

Rankin sacó una navaja del bolsillo y hundió la hoja en las costillas de Crozier.

El policía parpadeó, intentando entender lo que acababa de ver.

—¡Hostias! —exclamó.

Rankin sacó la hoja. Crozier no se desplomó, sino que se quedó mirando con la boca flácida al otro hombre, que le hundió la navaja una vez más.

—¡Joder! —exclamó Lennon de nuevo. Alargó la mano hacia la radio y pulsó el botón de emergencia. El aparato enviaría una señal a todos los receptores de la red, indicando que un agente necesitaba ayuda y estableciendo su posición con exactitud.

Crozier le propinó un puñetazo a Rankin, que seguía sujetando la navaja, haciendo que cayera de espaldas sobre la silla. Desapareció de la vista. Aquel tipo se llevó entonces una manaza al costado, la apartó y examinó el rojo vivo que manchaba sus dedos. Se tambaleó de espaldas hasta que chocó con la pared.

Lennon abrió la guantera y agarró la Glock 17 y la cartera con su identificación. Abrió la puerta de golpe y descendió del vehículo. Se metió la cartera en el bolsillo y apretó la Glock contra el muslo. Se agachó entre el tráfico, sin apartar la mirada de la ventana, con la adrenalina restallando por todo su organismo, haciendo que le chisporrotearan las yemas de los dedos.

Rankin volvió a aparecer y se abalanzó sobre Crozier pisando la silla. El más corpulento de los dos hombres levantó las manos, pero con demasiada lentitud. La hoja le penetró en el cuello.

La bocina de un coche aulló y los neumáticos chirriaron mientras Lennon cruzaba la calle. Una mujer gritó en el interior del café. El policía levantó la Glock. Crozier cayó al suelo desliziándose por la pared alicatada, Rankin junto a él, la navaja preparada para bajar de nuevo.

Lennon abrió la puerta con el hombro, levantó la pistola y apuntó hacia donde yacía Crozier, desangrándose. Ni rastro de Rankin. La mujer volvió a gritar. El agente giró el arma y vio que aquel asesino agarraba a Sylvia por el pelo y le ponía la hoja en el cuello. Ella soltó un grito ahogado y abrió los ojos desmesuradamente tras los gruesos cristales de sus gafas. Rankin la apretó contra él.

Lennon sacó la cartera y la abrió con una sacudida. Le enseñó la identificación y volvió a guardarse la cartera. Entonces apuntó la pistola, la mano izquierda sujetando la derecha y afirmando los hombros para contrarrestar el retroceso.

—Suéltala, Andy.

Rankin retrocedió, arrastrando por los pelos a Sylvia con él. Echó un vistazo por encima del hombro y la condujo por detrás del mostrador hacia la puerta trasera.

—No, Andy —insistió Lennon mientras le seguía—. Da a un patio que no tiene salida. Hay un muro en cada extremo. No puedes ir a ninguna parte.

Rankin se apretó a Sylvia contra el cuerpo con la hoja levantada bajo su barbilla. Jack vio algo rojo en la piel de ella. No podía discernir si era sangre de Crozier o de la mujer.

—¡Oh, por Dios, ayúdeme! —exclamó Sylvia.

—No pasa nada, Sylvia —dijo Lennon cuando llegó al mostrador. Le dedicó la sonrisa más tranquilizadora de la que fue capaz—. Andy no te va a hacer daño. A todos tus clientes les gustas demasiado. ¿Adónde iban a ir comer su pescado con patatas si te ocurriera algo, eh? Y se acabaron las empanadillas, y se acabaron las salchichas con patatas. Todo el mundo sabe que Sylvia es la que mejor da de comer de toda la ciudad, ¿no es así? ¿No es así?

Sylvia no respondió, mientras Rankin retrocedía hacia la puerta.

—¿Cómo iba a sentar por aquí que Andy llegara a herirte, eh? No podría asomar la cabeza. Vamos, hombre, suéltala. Podemos arreglar esto. Crozier todavía respira. No empeores las cosas.

Lennon buscó alguna señal de duda o pánico en el rostro de Rankin, pero no encontró nada salvo unos ojos muertos clavados en su piel bronceada.

—Rajaré a esta puta vieja —amenazó, moviendo los labios junto al pelo teñido de Sylvia—. No vayas a pensar que no lo haré.

—No —porfió Jack, acercándose un paso—. No eres tan idiota. Todo el mundo sabe lo inteligente que eres, ¿no es así? No puedes huir. Y aun si pudieras, ¿adónde irías? Éste no es el Dandy Andy que todos conocemos.

—No me llames así. —Rankin apuntó la hoja hacia Lennon—. Nadie me llama así en la cara.

—Lo siento —dijo el policía. Levantó las manos en señal de disculpa, y la Glock quedó apuntada hacia el techo—. No lo pensé. No soy tan listo como tú. Tú eres el inteligente de tu banda, así es como has llegado adonde estás hoy, ¿verdad?

Rankin volvió a poner la hoja en el cuello de Sylvia.

—No te acerques más.

Lennon se detuvo.

—Sabes que no puedes ir a ninguna parte. Sabes que no le puedes hacer daño a Sylvia. Eres demasiado listo para hacer eso. Es hora de pensar, Andy. ¿Qué es lo mejor que puedes hacer? ¿Qué es lo más inteligente que cabe hacer?

—¡Hostias! —exclamó Rankin. La muerte desapareció de sus ojos. El miedo, un pánico infantil, una razón para salir huyendo, la sustituyó.

—Tranquilo, Andy —dijo Jack. Extendió los brazos a los lados, y la Glock quedó apuntada hacia los hornillos y las frei-

doras del fondo de la cocina abierta—. Respira hondo, ¿de acuerdo? Consideremos esto con calma. Seamos listos.

Rankin tragó aire y la cordura regresó a su cara.

—De acuerdo. ¿Cómo salimos de esto?

—Para empezar, suelta a Sylvia —le propuso Lennon—. Y luego, deja la navaja.

Una sirena aulló a unas cuantas calles de distancia.

—No tardarán en estar aquí —anunció Jack—. Mejor que para entonces nos hayamos calmado, ¿eh? Tú y yo solos, sentados a una mesa esperando a que lleguen, ¿vale? Porque si irrumpen aquí contigo y conmigo enfrentados de esta manera, la cosa podría ponerse peliaguda. ¿Vale?

Rankin miró hacia las ventanas de la fachada del café. Su boca se curvó cuando el pánico amenazó con volver a atenzarlo. Se produjo una calma absoluta.

—Vale.

—Buen chico. Ahora, suelta...

Rankin empujó a Sylvia contra Lennon. La mujer se golpeó la parte superior de la cabeza contra la barbilla del policía. Los dos cayeron al suelo. Él se agarró al mostrador con una mano, recuperó el equilibrio y con el otro brazo se apretó contra el pecho a Sylvia. Una corriente de aire frío procedente de la puerta abierta los envolvió cuando Rankin se esfumó por ella.

Lennon le dio un achuchón.

—¿Te encuentras bien?

Ella lo miró embobada a través de las gafas torcidas sin dejar de abrir y cerrar la boca.

—Siéntate —dijo él, olvidándose de Rankin momentáneamente. Aunque el gilipollas consiguiera salir al patio, lo cogerían en menos que canta un gallo. Sylvia era más importante en ese momento. La hizo sentarse en el suelo, con la espalda apoyada en la parte posterior del mostrador—. Respira hondo. Estás perfectamente.

Lennon iba a levantarse, pero ella trató de agarrarle por los

hombros. Él se agachó a su lado, le rodeó los hombros con los brazos y la besó en lo alto de la cabeza.

—Estás a salvo.

Se levantó y miró hacia la figura ensangrentada de Crozier recostada contra la pared. Los hombros del unionista subían y bajaban mientras gemía. Vivirá, pensó Lennon. Se dirigió a la puerta y luego al patio con la Glock apuntando al frente.

Rankin se agarraba al muro del extremo septentrional, gruñendo mientras intentaba treparlo.

—Deberías haber utilizado el cubo de basura —gritó Jack.

Rankin se dejó caer los sesenta o noventa centímetros que había hasta el suelo y se volvió.

—Está aquí mismo —dijo el policía, indicando el cubo de plástico que había junto a la puerta—. Podrías haberlo utilizado para saltar el muro y huir.

Rankin pegó la espalda a los ladrillos. Respiraba con dificultad, produciendo un silbido seco, y los ojos se le salían de las órbitas. Seguía sujetando la navaja en la mano derecha.

—¿Por qué tuviste que asustar a la pobre Sylvia de esa manera? —preguntó Lennon. Se detuvo a unos pocos pasos de Rankin—. En lo que a mí concierne, te puedes pasar el día acuchillando a sacos de mierda como Rodney Crozier, pero ¿amenazar a una bella dama como Sylvia? Eso no está nada bien.

Rankin levantó la navaja. El sudor le perlaba la frente.

—Mantente lejos de mí.

—¿O qué?

La sirena se oyó más cerca, y otra más a poca distancia.

—No te acerques —dijo Rankin. Hizo una mueca y exhaló el aire entre los dientes con un sonido sibilante. Se puso rojo como la grana.

—¿O qué, Andy?

—O... —Rankin dejó caer el cuchillo y se agarró el brazo izquierdo con la mano derecha. Cayó sobre una rodilla. Enton-

ces se llevó las manos al esternón, como si intentara mantener el corazón en su sitio. Los músculos de sus mandíbulas se contrajeron y abultaron cuando su cara pasó del rojo al morado—. Cojones —dijo, apretando los dientes.

Cayó de bruces al suelo.

—La leche —dijo Lennon.